

# ***Un Consejo Sagaz***

Autor: Rab. M. Lehman



**EDITORIAL BNEI SHOLEM**

Título del Original  
**Serie “Oasis”**

Único autorizado para la distribución y comercialización  
Editorial Bnei Sholem

**©COPYRIGHT 2015**

Todos los derechos reservados. No pueden reproducirse en forma alguna, partes de este libro, ni tampoco almacenarse o recuperarse información, en forma total o parcial en cualquier idioma (con excepción de citas breves en artículos de crítica o análisis), sin el consentimiento escrito del editor.

Se aplicarán estrictamente los derechos de autor.



**EDITORIAL BNEI SHOLEM**

Jean Jaures 737

Buenos Aires ARGENTINA

tel: 54 4961 8338 / linea USA 1718-618-4158

Whatsapp +549 11 5111 2925

[editorial@bneisholem.com.ar](mailto:editorial@bneisholem.com.ar) / [editorialbneisholem@gmail.com](mailto:editorialbneisholem@gmail.com)

[www.bneisholem.com.ar](http://www.bneisholem.com.ar)

ISBN: 978-987-3833-09-0

IMPRESO EN ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINA

---

Anónimo

Un consejo sagaz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Bnei Sholem, 2015. 184 p. ; 22x15 cm.

1. Judaísmo. CDD 296

Fecha de catalogación: 24/04/2015

---

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

# *Índice*

Capítulo 1 .....	7
Capítulo 2 .....	19
Capítulo 3 .....	33
Capítulo 4 .....	47
Capítulo 5 .....	63
Capítulo 6 .....	77
Capítulo 7 .....	89
Capítulo 8 .....	109
Capítulo 9 .....	121
Capítulo 10 .....	137
Capítulo 11 .....	149
Capítulo 12 .....	167
Capítulo 13 .....	179

# ***Un Consejo Sagaz***

## ***Capítulo 1***



**L**a santa ciudad de Jerusalem estaba en su mayor apogeo, en la cumbre de su esplendor y magnificencia. En lo alto del Monte del Templo brillaba en toda su gloria el Beth-Hamikdash, que fuera reconstruido con gran suntuosidad por el rey Hordus.

En la gran ciudad se levantaban los más hermosos palacios, donde vivían las familias más ricas de Yehúda.

Eliaquim Ben Jiskiahu era uno los hombres más considerados y respetados de su época. Su gran mansión estaba sobre el camino que llevaba a las afueras del "Shar Hamaim" (Portón de las Aguas). Era poseedor de grandes campos y viñedos cultivados por



arrendatarios y esclavos y numerosos rebaños de ovejas y vacunos atendidos por siervos y pastores. Los utensilios de oro y plata que llenaban su casa constituían verdaderos tesoros. Su familia era de antigua prosapia. Descendían de Najshón Ben Aminadab, el primer Nasí de la tribu de Yehúda. Pero no sólo era respetado por su gran riqueza y linaje sino que era altamente valorado por su erudición y piedad, sus relevantes virtudes y su abnegación por los humildes. En sus años jóvenes fue uno de los más sobresalientes alumnos de Hilel Hazaquen.

Eliaquim no perseguía las satisfacciones mundanas tal como mucha de la gente rica de Jerusalem. Era fiel a su Di's y cuidaba los mandamientos de la sagrada Torá de acuerdo a la milenaria tradición respetada por los sabios.

A pesar de los honores y riquezas, su vida personal era triste y desgraciada. De su leal y joven esposa le habían nacido doce hijos. Once murieron durante la primer infancia y al





dar a luz al duodécimo la madre abandonó este mundo. Estas desgracias lo abatieron inmensamente y un permanente velo de tristeza cubría su rostro.

Por lo tanto es fácil de comprender hasta qué punto se preocupaba y temblaba por su único hijo sobreviviente, Itamar. Le cuidaba como a la pupila de sus ojos y le consagraba todos sus días y minutos.

Para alegría del padre, el pequeño Itamar era ágil y capaz, agradable e inteligente. Contrató los mejores maestros y preceptores, quienes inculcaron en el pequeño Torá, sabiduría y devoción a Di's.

El Beth Hamikdash aún estaba en pie. La vida de los judíos seguía su curso normal. Los cohanim ofrendaban a diario los sacrificios, tal como lo ordenara la Tora. Tres veces al año todo el pueblo ascendía a la sagrada ciudad de Jerusalem. En el "Lishcat Hagazit", en el Beth-Hamikdash, los Sanhedrin estudiaban las ordenanzas de la Torá e impartían justicia.



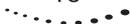


Pero la unidad del pueblo había sido quebrada. Conflictos y roces en cuestiones políticas y religiosas hicieron trizas dicha unidad. Un odio abismal separaba a los distintos grupos. En el aspecto religioso se produjo una difícil y amarga lucha entre los opositores principales: los perushim y los tzedokim. Entre estos últimos se encontraban los judíos más ricos y prominentes. Ellos negaban la Torá Oral y no creían en la resurrección de los muertos ni en la vida eterna. Su único ideal era disfrutar al máximo los placeres de este mundo.

El grupo de los perushim estaba constituido por los sabios y los justos cuya única ambición era estudiar la sagrada Torá y cumplir sus preceptos. El nombre de "perushim" derivaba de la palabra "separados" porque ellos cuidaban de separarse de todo lo impuro.

La gran mayoría del pueblo seguía a los perushim y los tzedokim no lograron atraerlo pese a tener de su parte a importantes reyes.

La grieta abierta en la vida política era tan





significativa como la existente en la vida religiosa. La lucha entre los dos hermanos de la dinastía de los Hashmonaim, Horcanus y Aristóbulo, por el trono real tuvo como consecuencia el que Roma dominara el país y los gobernantes de Yehúda quedaran sometidos a ella. Debido a la pelea entre los dos hermanos Hashmonaim esta ilustre familia fue debilitándose día a día hasta que uno de sus esclavos, un adomita llamado Hordus, se sublevó y aniquiló a los restantes descendientes de esta dinastía coronándose rey de Yehúda en nombre de Roma.

El pueblo no veía con buenos ojos a este gobernante y su oscura ascendencia. Se fortaleció en el trono mediante la crueldad y la villanía y ayudado por los romanos pudo sofocar y dominar al pueblo disconforme.

Cuando el arrepentimiento por todo el mal ocasionado se despertó en él siguió el consejo del sabio Baba Ben Bota, a quien él mismo dejara ciego, y refaccionó con gran esplendor y magnificencia el Beth Hamikdash. No





obstante ello, el pueblo no quería al cruel gobernante. A lo largo de todo su reinado las sublevaciones en su contra fueron repitiéndose y como resultado cada vez la tierra se vio anegada con sangre inocente.

Al frente del restablecido Sanhedrin se hallaba Hilel y Shamai. Ellos se alejaron de toda la vida política y sólo se dedicaron a preservar la sagrada Tora para las generaciones futuras tratando de formar el mayor número posible de eruditos. Estos, en su mayor parte, siguieron el ejemplo de sus maestros dedicándose por entero a su formación religiosa. Tras la muerte de Hordus ascendió al trono su hijo Arquelao. Respecto del pueblo no fue mejor que su padre, pero no supo mantener como aquel su cordial relación con los romanos. Poco tiempo después aquellos lo derrocaron expulsándolo a Galia. De esa forma Yehúda había quedado totalmente sometida a Roma.

Mientras estos sucesos acontecían, Itamar, el hijo único de Elíaquim fue convirtiéndose en un joven de diez y ocho años, inteligente





y juicioso.

Eliaquim Ben Jiskiahu se mantuvo siempre alejado de la caldera política y nunca expuso su vida ni su fortuna. Su gran anhelo era concertar el casamiento de su hijo Itamar con Tirtzá, hija de su fiel amigo Elazar. También Elazar era hombre muy rico, perteneciente a una familia muy distinguida y de gran alcurnia.

Elazar aceptó gustoso dicha proposición y no existía impedimento alguno para que el compromiso se llevara a cabo.

Pero en casa de Eliaquim había alguien que deseaba impedir ese compromiso por cualquier medio. Era un siervo de Eliaquim, un abyecto esclavo canaanita nacido en su casa, de nombre Oreb.

Sueños de riqueza y grandeza bullían continuamente en Oreb. Pero su condición de esclavo se interponía en el camino de los mismos. Por eso deseaba obtener de su amo el documento que lo dejara en libertad y tomar como esposa una joven judía y precisamente





de buena ascendencia. De esa forma su pasado como esclavo se borraría totalmente

No veía para sí mejor destino que unirse a la linajuda familia de Elazar tomando como esposa a su hija Tírtzá. Por ello es comprensible que viera en Itamar al “ladrón de sus anhelos” y estuviese dispuesto a poner en práctica cualquier medio para que la unión de Itamar y Tirtzá no se concretara.

Los antepasados de Oreb habían sido esclavos en la familia de Eliaquim durante generaciones. Todos habían servido con fidelidad a sus amos y tal como indica la ley judía habían sido tratados con gran consideración y no como acostumbraban los pueblos de la antigüedad.

Oreb era la mano derecha de su amo. Era mayordomo de la casa, administrador de las propiedades y todos los pastores estaban bajo sus órdenes. Llevaba todos los libros contables y por sus manos pasaba todo el dinero, tanto de ganancias como de gastos.

Había alcanzado este importante puesto en





mérito a sus leales y útiles servicios. Siempre se había esforzado en servir a su amo con presteza y consagración total con la esperanza de que se lo recompensaría con la carta de liberación.

Tenía ya treinta años de edad, y tal como ya fuera dicho no quería casarse con una sierva y una joven judía le estaba vedada en sus condiciones. Por eso le era tan necesario obtener su liberación para poder llevar a cabo sus sueños y anhelos. Cierta día Eliaquim le habló de tomar una esposa. Oreb aprovechó la ocasión para abrir su corazón ante el amo y le dijo:

— ¡Mi muy venerable amo! Todos mis días te serví con lealtad y dedicación. Me hiciste tu mayordomo y tu administrador. Pusiste en mis manos toda tu fortuna que creció y aumentó bajo mi cuidado. Nunca te pedí por ello recompensa especial. Pero ahora, cuando me hablas de tomar esposa, tengo un pedido que hacerte: libérame para que no esté obligado a tomar como esposa una sierva y





pueda construir un verdadero hogar judío. Seguiré siendo tu leal servidor y no pretenderé recompensa especial. Me conformaré con lo que tú quieras darme y continuaré dirigiendo tu casa y tus bienes.

—Mi querido Oreb —le respondió Eliaquim— tú no ignoras que me es imposible satisfacer tu pedido. Sabes hasta qué punto valoro tu fiel servicio y dedicación, tu agilidad y honestidad. Me complacería satisfacer tu pedido pero la sagrada Torá nos prohibió liberar un esclavo canaanita, tal como está escrito: “Un esclavo canaanita pasa en herencia a los hijos del amo y jamás se lo puede liberar”. Pídeme, querido Oreb, en recompensa a tus leales servicios, lo que quieras y yo haré por ti todo lo que esté a mi alcance. Sólo eso no has de pretender de mí.

Oreb calló. Comprendió que no tenía sentido seguir hablando del tema, pero su corazón fue arrasado por la cólera y pensamientos de venganza nacieron en él. Pero supo ocultar sus sentimientos y continuó conduciéndose





con el amo y su hijo con la misma cortesía y sumisión que antes.

Poco tiempo después empezaron a hacerse los preparativos para la boda de Itamar con Tirtzá. Esto hizo fermentar aún más el odio de Oreb contra su amo. Tomó la firme determinación de sacar a Itamar de su camino y de esa forma vengarse cruelmente de su amo, sabiendo que el hijo era lo que aquél más quería en el mundo.

